

la mayoría del público, á saber: la victoria de la astucia sobre la ley y la moral, la filosofía de la licencia como objeto principal de la vida, y la ignorancia completa de la santidad del matrimonio. «El que no disfruta el amor, no conoce la dulzura de este mundo,» dice el autor, y lo que dice este cardenal era la opinion general en Roma en el pontificado de Leon X.

Inmediatamente despues de Bibbiena viene por órden de importancia Pedro Bembo, secretario y amigo particular del

papa y uno de los varones mas notables de toda la época del Renacimiento, segun ya hemos visto en otra parte. Al lado de Bembo figura Jacobo Sadoletto, que vivió desde 1477 hasta 1547, y era, como aquel, obispo, cardenal, secretario del papa y escritor latino é italiano. Maestro en la correspondencia, procuró introducir tambien en los documentos oficiales, formas castizas y clásicas; de su estro poético es una brillante prueba la poesía en que celebró el descubrimiento del grupo de Laocoonte, en 1506, de cuyos versos



El papa Leon X y sus cardenales Médicis y Rossi.

Copia de un grabado sacado del cuadro de Rafael, que se encuentra en el palacio Pitti de Florencia. El grabado en cobre es de S. Jesi

dijo Lessing que eran dignos de los antiguos poetas clásicos; y no pocos contemporáneos se lamentaron de que no hubiese continuado componiendo versos. Tambien era filósofo eminente y pedagogo, aunque acaso estuvo demasiado prendado de sus conocimientos en materia de filosofía, retórica y estilo castizo latino cuando emprendió la tarea de suplir de su propia cosecha las dos obras de Ciceron: *De laudibus philosophiae* y *De gloria*, que se han perdido. En materia de educacion, recomendó el estudio, sobre todo, de las lenguas y autores antiguos, pero en primera línea la formacion del carácter, y como condicion prévia indispensable, la eleccion de buenos maestros, sabios, virtuosos, de intachable conducta y de corazon virtuoso. Sadoletto no era solamente erudito, sabio, filósofo, estilista y poeta, sino tambien teólogo y católico devoto, como convenia á un príncipe de la Iglesia.

EL RENACIMIENTO

Aunque hijo de su época y hombre del Renacimiento, tenia la cabeza llena de reminiscencias de los autores clásicos, que mezclaba hasta en los consuelos de la religion, como cuando confortó á un amigo suyo, inconsolable por la muerte de su madre, con ejemplos de valor y de grandeza de alma en la adversidad, tomados de la historia antigua, en lugar de consuelos sacados del manantial de la religion cristiana. Estas libertades chocaron al bando ciegamente ortodoxo, uno de cuyos representantes principales era Pedro Bembo, pero no le acarrearón descrédito, porque su vida sin tacha le hacia venerable para todos, y lo que en otro habria sido punible fué atribuido en Sadoletto á su amor á los estudios profundos de los clásicos y del buen latin.

Mas conmovió entonces á aquella sociedad literaria y teológica una obra sobre la inmortalidad del alma, debida á la

pluma de Pedro Pomponazzo. El papa pidió á su secretario Bembo su opinion y este nada encontró vituperable en la obra.

Pomponazzo nació el 14 de setiembre de 1462 en Mantua; fué profesor en Padua y Bolonia, y murió en esta última ciudad en el año 1525. El 24 de setiembre de 1516, cuarto año del pontificado de Leon X, concluyó su famoso tratado sobre la inmortalidad del alma con estas palabras: «Para gloria de la Santísima Trinidad,» y lo remitió al papa para su aprobacion, protestando desde luego de su estricta adhesion á la doctrina de la Iglesia diciendo: «La verdad de esta doctrina (de la inmortalidad del alma) no admite la menor duda, pues que la proclama la Iglesia, que como instituida por Dios, es preferible á la razon y criterio humanos.» Esta reserva es puramente aparente, porque quizás nunca se habia atacado con igual vigor la doctrina cristiana sobre este punto. Con la autoridad del gran padre de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, combate en su obra al enemigo comun Averroes; pero saca de sus proposiciones las consecuencias mas singulares, que le conducen á la negacion de la metempsicosis de Pitágoras y de la doctrina cristiana de la resurreccion. Fúndase para ello en el principio de que el cuerpo y el alma son inseparables, y de consiguiente el alma ha de ser material, perecedera y mortal. Justifica este principio con la calidad inferior y humilde de la naturaleza humana comparada con séres superiores, «porque, dice, los que elevan al hombre á mayor altura solo ven lo que alcanza su vista y no consideran lo que les queda oculto é incomprensible por ser demasiado elevado.» Pretende que la idea de la virtud presupone la existencia transitoria del hombre, porque dice que la esperanza de recompensa y el temor del castigo son propios de caracteres serviles, y ambos contrarios á la virtud. En otra parte dice: «El hombre debe despreciar la muerte, tanto si cree en la inmortalidad del alma, como si cree en la mortalidad del alma; nada de cuanto pueda sobrevenir despues de la muerte nos autoriza á apartarnos de la senda de la virtud.» Guiado por este principio de elevada y purísima moral, rebate los argumentos contrarios, reduciéndolos á ocho, entre los cuales figuran los casos que refiere Platon de espíritus que no se explican sin admitir otro mundo, y la opinion de Aristóteles. A la objecion de que todas las legislaciones (religiosas) suponen la inmortalidad del alma, contesta que entonces hay tambien que admitir que todo el mundo, ó cuando menos la mayor parte de los hombres, yerran, porque suponiendo la existencia de solo tres códigos religiosos, el de Moisés, el de Cristo y el de Mahoma, resultaria que han de ser falsos todos y vivir engañado el mundo entero, ó si uno es verdadero, han de ser falsos los otros dos, y entonces se hallaria la mayoría de la humanidad en el error. A las objeciones mas ó menos teológicas de que con semejante principio de la mortalidad del alma se niegan al género humano toda felicidad, al individuo el derecho de elegir la muerte antes que la deshonra, y se desconoce la justicia de Dios, contesta Pomponazzo que la felicidad del hombre consiste en la virtud y no en lo infinito de su existencia; que sabiendo que la vida es finita, se eleva el sacrificio voluntario de la existencia por la patria ó por un amigo al punto mas alto á que puede llegar la virtud, y finalmente, que la justicia divina no se manifiesta únicamente en castigos materiales sino tambien en morales, que son los tormentos de la conciencia que sufre el perverso. Al fin se subleva con gran calor contra el gravísimo cargo de que todos los que han negado la inmortalidad del alma han sido hombres sin carácter é inmorales, y dice que muchos se habian asociado á los defensores de la inmortalidad para no perder la consideracion de las almas sencillas. Despues pasa revista á los que niegan la inmorta-

lidad, y encontrando entre ellos genios como Séneca, Plinio y Homero, declara que prefiere errar con estos á continuar con los otros en una sabiduría ilusoria.

Aun se elevó Pomponazzo á una altura mayor en otro tratado titulado: *Los encantamientos y las causas de los sucesos fenomenales, (De incantationibus. De naturalium effectuum admirandorum causis)*. En esta obra se propuso el autor explicar y someter á leyes naturales todos aquellos sucesos que los creyentes devotos tomaban por manifestaciones del poder divino, y los paganos é infieles por actos aterradoros de poderes sobrenaturales. Siguiendo este propósito, declara que las supuestas maravillas no son fenómenos extraordinarios y reñidos con las leyes eternas del universo, sino simplemente sucesos raros, que por ocurrir á largos intervalos nos sorprenden y chocan, porque nadie está acostumbrado á ellos. Aplicando luego su criterio á la religion, la declara tan perecedera y transitoria como las demás cosas, diciendo entre otras consideraciones: «Todos sabemos que el culto gentilico y sus milagros fueron en el origen cosas de muy poca monta; que luego crecieron y se desarrollaron; que alcanzaron su mayor esplendor, y que decayeron despues hasta quedar reducidos á la nada. Así se desvanecen tambien ahora todo cuanto antes habiamos creído con fe sincera, los milagros acaban, los sacerdotes se valen de supercherías y el fin parece próximo.»

Despues de negar uno de los principios fundamentales del cristianismo y de proclamar lo transitorio de la misma religion, asombra ver que el autor quiere probar en el mismo escrito sus tesis «con la saludable doctrina de la fe ortodoxa» y se somete en todo á la Sagrada Escritura y á la opinion de los Santos Padres de la Iglesia.

Leon X se contentó con el juicio de su secretario el cardenal Bembo, que no habia visto nada peligroso en esta obra, y dejó al autor tranquilo, y al libro que hiciera su camino; y á pesar de ser ambos evidentemente peligrosos, solo pidió al autor, sin apelar á medidas de fuerza, que rectificara buenamente sus errores.

No consta que Pomponazzo residiese nunca en Roma, pero moralmente forma parte del grupo de varones ilustres que rodearon al papa Leon X, porque era en aquella época el representante mas digno del genio científico y un adalid impávido del impulso que busca la verdad sin curarse de honores, ni de recompensas, y sin deseos de sacar de su trabajo celebridad y medios de procurarse goces materiales.

Gran impulso recibió la vida intelectual, y muchas eminencias científicas, literarias y artísticas atrajo el papa á Roma con su decreto del 4 de noviembre de 1513, reformando la universidad, enteramente decaída, decreto que entre otros fines se proponia organizar formalmente los estudios orientales. La lengua y literatura griegas recibieron tambien mayor proteccion y un auxilio notable á consecuencia de las ediciones excelentes y elegantes de autores griegos que publicó el impresor Aldo Manuzio de Venecia y que eran apreciadas y buscadas tanto en las aulas como en los palacios de los príncipes y altos dignatarios de la Iglesia, y sobre todo en el Vaticano. Leon X apoyó vivamente al eminente impresor de Venecia, á pesar de la imprenta griega que el mismo papa habia fundado en Roma y cuya direccion corria á cargo de Marcos Musurus, que como otros compatriotas suyos habia acudido á Roma, donde fué considerado y honrado como merecia por el papa y su corte.

No obstante todo el fomento y proteccion dados á la lengua y literatura griegas, quedaron imperando entre la gente docta el latin y el estudio de la antigüedad romana, cuyos restos literarios y artísticos se reunieron, clasificaron, describieron y conservaron con solicitud. El papa aumentó la

biblioteca Vaticana, entre cuyos directores, todos personas eminentes, descoló Pedro Inghirami, no solamente por sus trabajos científicos y literarios sino por su talento de actor cuando jóven, del cual habia conservado una elocuencia notabilísima que lucia preferentemente y con singular talento en los discursos fúnebres.

Al lado del estudio de la antigüedad no se olvidaron en el pontificado los genios y talentos modernos, á los cuales se hizo plena justicia. Pablo Giovio (Jovio), que vivió desde 1483 hasta 1552, y se estableció en 1516 en Roma, empezó entonces á darse á conocer, entre otros trabajos con su obra: *Elogia illustrium virorum*, en la cual pasa revista y hace completa justicia á los varones doctos y á los capitanes mas eminentes de su época. Estas descripciones, á parte de algunos adornos, están dictadas por el amor á la verdad y á la justicia, y son muy diferentes de otros trabajos análogos, porque no son un conjunto de apologías en lugar de biografías, sino una coleccion de cuadros individuales característicos, analíticos, que siguen el desarrollo intelectual y del carácter del individuo, sin omitir los rasgos exteriores y físicos, la fisonomía y el porte; prueba de que el autor no era admirador exclusivo y petrificado de la antigüedad, sino un genio accesible á todo lo grande, sin distincion de personas ni épocas.

La poesia latina, foco y centro á donde convergían las ambiciones de los humanistas y hombres del Renacimiento literario, tenia naturalmente sus representantes en la corte de Leon X, y tan grande era el número de los que pretendian escalar el Parnaso, que algunas revistas ó relaciones explicativas, en verso y en prosa, tratan exclusivamente de estos poetas. Una de estas revistas poéticas titulada: *De poetis urbanis*, es la escrita por Arsilo y dirigida á Pablo Jovio, carácter por cierto el menos á propósito, por su criterio imparcial, para dedicarle un catálogo en extremo laudatorio de obras y autores sin distincion, en el cual incluye el autor, haciéndolos partícipes de sus exageradas alabanzas, hasta á los humanistas alemanes, y otros italianos de tan escaso mérito que á duras penas se conocen de nombre. Otra revista lleva el título: *De poetis nostrorum temporum*, y es obra de Giraldi, del cual ya hablamos en otra parte. Otra tercera revista literaria es la que se titula: «El infortunio de los literatos,» (*De infelicitate literatorum*), y es debida á Pierio Valeriano, latinista excelente, de buen gusto y favorito de Leon X, y además anticuario erudito, que hasta trató de encontrar la explicacion de los geroglíficos. En la obra citada, algo lacrimosa, pero original y veraz, narra las miserias de la gente literaria y docta, principalmente de la que figuró en Roma en tiempo y despues de Leon X, y deplora la indiferencia cada vez mayor con que se miraban los estudios verdaderamente científicos, como los que le ocupaban á él y á otros, lo cual constituia una especie de decadencia.

Como representante de los poetas desgraciados citados en la obra de Valeriano, puede citarse á Juan Coricio, que murió en el año 1527, mientras el de los afortunados es M. A. Flaminio, que vivió desde 1498 hasta 1550. Este último poeta manejaba el idioma latino con habilidad admirable, y como no le faltaba sentimiento verdadero, mereció perfectamente la frase de Horacio, que rodea su busto en una medalla que grabó un contemporáneo suyo: «La musa le regaló el cielo.» Era patriota entusiasta de la unidad é independencia de Italia y en una poesia excitó al papa á librarla de sus enemigos. Su admiracion á la antigüedad era grande, y en una poesia dedicada á la memoria de un amigo, describió su entrada en los Campos Elíseos, morada de los héroes muertos, en lugar de hablar de la gloria eterna que la religion cristiana reserva á las almas de los justos. En materia de religion era partidario

de la Reforma, lo cual le puso en colision con la censura eclesiástica.

Juan Coricio no era en realidad poeta, aunque hacia versos, como todo hombre instruido entonces, pero habiendo hecho adornar una capilla dedicada á Jesus, á la Virgen y á Santa Ana, en la iglesia de San Agustin, en 1514, con las estatuas del Salvador, de su madre y abuela, que habia encargado al escultor Andrés Sansovino, quiso conmemorar la obra con una coleccion de poesías, á la cual hizo contribuir á todos sus amigos y comensales, que eran muchos, atendido que él era persona principal y rica. Esta coleccion fué publicada en 1524 por Blosio Paladio, con el título de: *Coricianae*. Es interesantísima, como puede pensarse, por estar compuesta de gran número de poesías independientes y debidas á otros tantos autores, en su mayor parte entonces jóvenes y alegres, que ensalzan á porfía á los santos, al artista, al donador devoto, al papa Leon X, y por supuesto, cada autor á sí mismo. Es, en una palabra, un espejo en el que se refleja fielmente aquella sociedad, en la cual el citado papa pasó sus mejores horas. No se cumplieron, sin embargo, los deseos de estos poetas respecto de la dicha del Mecenas, pues el citado Coricio murió de dolor, en 1527, á consecuencia de la toma de Roma.

Esto en cuanto á los poetas latinos que vivian en Roma en tiempo de Leon X. Al lado de ellos se movia y cantaba una cohorte de poetas y poetastros que se servian del idioma italiano, muchos de los cuales solo tuvieron una fama efímera, ora por el poco mérito de sus producciones, ora por ser improvisaciones instantáneas y orales, como las del celeberrimo Antonio Tebaldeo. Entre los pocos poetas italianos cuyo nombre se ha conservado, figuran en primera línea Trissino, Rucellai, y si se quiere Victoria Colonna, bien que esta pertenece ya al período siguiente.

Trissino (Juan Jorge), vivió desde 1478 hasta 1550; sirvió á dos papas, Leon X y Clemente VII, á quien representó en calidad de nuncio, por largo tiempo, en Viena y Venecia. Amaba á su país, como buen patriota; se regocijaba de su prosperidad, y se enorgullecía de su glorioso pasado, por cuya razon cultivaba el idioma italiano y el latino, que hablaron sus antecesores. En el primero compuso un gran poema heróico titulado: «La Italia rescatada de los godos,» (*L'Italia liberata dai Gothi*), que acabó el año 1548, pero que tuvo escasa aceptación y está hoy completamente olvidado, porque ni el motivo, ni la manera de tratarlo, ni los detalles, ni las luchas colosales entre dos razas, ni los amores de Justiniano, ni los discursos corteses de Belisario, ni las alusiones mitológicas, ni las muchas digresiones consiguieron excitar la curiosidad ni captarse los aplausos del público; de modo que el autor, que no era colérico ni por lo regular accesible á la envidia, llegó á exclamar segun refieren: «¡Malditos sean el dia y la hora en que tomé la pluma y no canté á Orlando!»

Entre sus demás obras poéticas es notabilísima la tragedia *Sofonisba*, aunque no sea mas que por ser la primera tragedia de los italianos hecha segun todas las reglas del arte de Aristóteles. No le falta el coro, que manifiesta ora los sentimientos de los personajes que figuran en la pieza, ora los que el autor desea hacer inspirar al público; ni faltan tampoco los mensajeros que refieren á los personajes de la escena lo que ha sucedido en otra parte, ni las frases altisonantes de patriotismo ni los recuerdos de la antigüedad. Esto no quiere decir que sea una tragedia heróica como las antiguas ni un obsequio hecho á los dioses del Olimpo; pues por el contrario es una historia de amor y en cierta manera hasta una pieza cristiana. El amor que Sofonisba profesa á Masinisa y la amistad que la une con Herminia, están descritos

en lenguaje hermosísimo, y el dolor que Herminia siente á la muerte de su amiga está expresado de una manera que difícilmente presenta la literatura italiana de entonces otro trabajo que pueda rivalizar con este. Que el autor no es pagano sino cristiano, se trasluce en muchos pasajes, como cuando Masinisa, al querer tocar el cadáver de su amante, retira súbitamente la mano para no manchar el alma pura de la difunta, y cuando los coros hablan de Dios que dirige los destinos del hombre, en lugar de hablar del hado y de los dioses.

Juan Rucellai, del cual hablaremos luego, primo de Leon X y poeta italiano notable, que vivió desde 1475 hasta 1526, certifica la religiosidad de Trissino en un poema sobre las abejas que le dedicó, diciendo en la dedicatoria, despues de referir la relacion que existe entre las abejas y su reina y cómo defienden á esta: «Apoyados en tan bellos ejemplos, han creido genios ilustres que habia en las abejas un reflejo de la divinidad que mueve perennemente el mundo físico y gobierna al espiritual, del mismo modo que la grande alma del universo, sentada en su carro y difundida en la masa inerte, pone en movimiento las esferas estrelladas, la esfera, donde reina la eternidad, el rayo, la lluvia, la tempestad y el monstruo del mar. De allí vienen al hombre la vida, el movimiento, los sentidos, la razon y un presentimiento del porvenir. Allí vuelven nuestras almas, y por esto es el alma de todo cuerpo vivo una cosa celestial é inmortal, y vuelve á su origen, que está para las unas en los astros y para las otras en el sol. Tú has hecho nacer esta idea, tan hermosa y elevada, antes de que lo hiciera espíritu humano alguno; tú, Trissino, has destruido con tu acento claro y sonoro, antes que nadie, los castigos terroríficos del Aqueronte y has disipado la ignorancia de los mortales.»

Este mismo poema didáctico de Rucellai, que fué publicado por primera vez en 1539, es una obra considerable, fruto de mucho estudio y diligencia, que el autor con razon y justo orgullo menciona. Tomando á Virgilio por modelo y ensalzándole de paso debidamente, entra en los menores detalles de la vida animal, la pinta con minuciosidad cariñosa, y como Trissino, hace de cuando en cuando alguna alusion á personas y sucesos de su tiempo, mencionando entre otras, la tendencia de los suizos á rebelarse, las expediciones infames de rapiña y desolacion de los turcos á los países limítrofes, la eleccion del sucesor de Leon X, Clemente VII, que elogia sin tasa, y otros. El libro tuvo grandísima aceptación, y para el laborioso autor habia sido su composicion una distraccion recreativa, porque al final dice: «Ahora es tiempo de que vuelva á tratar del desgraciado Orestes en versos elevados, melancólicos y conmovedores, como corresponde al coturno trágico.»

La tragedia de Rucellai titulada: *Orestes*, fué dada á la estampa en 1524; pero otro drama titulado: *Rosamunda*, al cual Rucellai debe su celebridad mas todavía que al poema sobre las abejas, habia sido publicado ya en 1515 y representado probablemente en el teatro construido para esta clase de obras en el Capitolio.

Rosamunda (Rosmonda), la heroína del drama, es aquella princesa lombarda que fué obligada á casarse con el asesino y sucesor de su padre, el cual habia hecho del cráneo del asesinado una copa donde bebia en sus orgías brutales. Casada ya, no piensa mas que en vengar la muerte de su padre, y pronto consigue su objeto, porque un amigo suyo mata al usurpador feroz. El lenguaje, principalmente en los coros y trozos líricos, es armonioso y abunda en pensamientos poéticos, pero el drama es malo en su conjunto, gracias á que el autor modificó la relacion histórica de este suceso, hecha por Pablo Diácono; porque la heroína, en el momento decisivo,

no manifiesta toda la fuerza de su odio, que forma el alma del drama; porque los caracteres que intervienen en la accion no están bastante individualizados ni precisados para interesar al lector, y finalmente, porque el autor no siempre encuentra las expresiones á propósito para pintar los sentimientos, excepto el del amor, del cual habla en términos expresivos y bellos.

Victoria Colonna, la mejor poetisa de que se envanecer la Italia, fué modelo de amor profundo y constante, bella, sentimental, instruida, gran señora, como descendiente de una antigua y noble familia. Vivió desde 1490 hasta 1547. Jamás ha cantado poetisa alguna el amor con igual fuego y pasion que esta mujer, ni jamás, quizás, ha sido tan enaltecida la fidelidad conyugal por italiana alguna como la enaltecíó Victoria Colonna. Tanto en vida de su esposo, el mariscal marqués de Pescara, que murió en la batalla de Pavía (en 1525), como despues de su muerte, no cesó de celebrar su amor profundo y constante; amor que llenó todo su sér y toda su vida, como ella misma dijo en esta frase: «Vivia yo solo de su vida.» Este amor, sin embargo, no cerró su corazón á la amistad, á la admiracion de las innumerables bellezas de la naturaleza, de las delicias con que nos brinda y del soplo divino que la anima, porque muerto el objeto de su afecto entregóse al amor divino, y dedicó todas sus alabanzas á la sabiduría y omnipotencia de Dios y á su Hijo. Si los poetas cantaron las glorias de María, las poetisas rendian amoroso culto á Jesus; pero Victoria Colonna canta su amor divino con grandeza y elevacion, y no á la manera demasiado material usada por los devotos de ambos sexos. El mismo estilo usa cuando reconoce sus debilidades y culpas, lamentándolas sin humillarse é impetrando el perdon de Dios sin hundir su frente en el polvo. La muerte era para ella el principio de una nueva vida mejor, donde además de verse otra vez reunida con su esposo, viviria en una region de luz imaculada; pero esta conviccion no la hacia aborrecer la vida terrestre, que amaba como era natural. Cuando pensaba en la muerte y en la otra vida, esperaba encontrar un mundo mejor en que no se acordaria de este, por lo cual no pensaba en perpetuar en la tierra su memoria y, segun decia, hubiera querido dejar sus versos sin limar para que nadie hablara de ellos.

A pesar de esta modestia, de su vida retirada, de su fe sincera y de su amor invariable, obtuvo fama, excitó la envidia de las mujeres y avasalló los corazones de los hombres. Ella que solo á su esposo difunto consagró su estro poético, excepto algunas rimas amistosas por via de felicitacion ú obsequio, fué celebrada, ya por ser moda el hacerlo, ya por impulso sincero, por muchos vates de su tiempo. Así como no habia entonces coleccion de poesías donde no se ensalzasen las virtudes y se solicitase la proteccion de Leon X, así tampoco habia ninguna composicion poética en que no se celebrara la belleza física y el alma pura de Victoria Colonna; y no todos estos versos fueron hipócritas ó un puro homenaje á la costumbre admitida, sobre todo los versos dedicados á una poetisa de la cual los apologistas no podian esperar ni regalos, ni honores, ni otras mercedes. Miguel Angel la celebró en sus sonetos y Ariosto la dedicó brillantes versos en el canto XXXVII de su *Orlando Furioso*.

Si Miguel Angel Buonarroti, el gran artista escultor, pintor y arquitecto, descendiente de la antigua familia condal de Canosa, hacia versos en sus horas de ocio, su colega Rafael Sanzio de Urbino se ocupaba en el estudio de antigüedades y escribia una célebre carta al papa Leon X impetrando su amparo para conservar y restaurar los restos venerandos de la Roma antigua, y la misma Roma. Mas ni Miguel Angel ni Rafael deben su celebridad á sus escritos, sino á sus obras

artísticas; y el papa Leon X, si bien no fué para estos dos genios ni para otros artistas, tan desprendido como la fama suele pintarle, no dejó de ser un protector poderoso y entusiasta del arte, porque era inteligente, sabia conocer, apreciar y emplear con tacto y acierto á los artistas y sus obras. En su tiempo abundaban en Roma los grandes talentos en todos los ramos del arte, pero como aquí no se trata de hacer una historia de este, nos hemos de limitar á decir algo siquiera de aquellos dos grandes genios.

Miguel Angel estaba en Roma cuando la eleccion de Leon X, y ardia en deseos de recibir encargos del nuevo papa, segun se ve en una carta en la cual dice: «Actualmente no tengo trabajo y aguardo á que el papa me encargue alguno.» Los encargos vinieron, en efecto, pero no fueron tales que el artista pudiera lucirse, excepto el primero, que fué la construccion de la fachada de mármol de la iglesia de San Lorenzo en Florencia, á donde Miguel Angel fué en cumplimiento de la órden, aunque de mala gana, porque ha-



Trozo del cuadro de Rafael: *Heliodoro arrojado del templo*. A la izquierda está retratado el papa Julio II. El original se encuentra en el Vaticano

bra preferido otro trabajo. El fué uno de los firmantes de una peticion colectiva suplicando á Leon X la ereccion de una estatua de Dante en Florencia, patria de los Médicis. La peticion fué escrita en latin y tambien los nombres de los firmantes, menos Miguel Angel, que fué el único que puso su firma en italiano, rasgo que caracteriza al artista.

Ninguna obra de Miguel Angel se relaciona directamente por su carácter y condiciones con la persona de Leon X, á pesar de residir ambos en una misma ciudad y vivir en un mismo tiempo, mas con Rafael sucedió ya otra cosa, pues su actividad y celebridad artísticas van unidas al pontificado de Julio II y de Leon X.

En el mes de setiembre del año 1508, Rafael Sanzio, llamado por el papa Julio II, se estableció en Roma y ya no

salió de ella hasta su muerte. Muchas y notables obras ejecutó en el pontificado de este papa. Su celebridad estaba ya sólidamente cimentada cuando Leon X ciñó la tiara, pero bajo el reinado de este último papa llegó á ser artista universal. Pintó, copió obras antiguas con lápiz y las grabó en cobre, creó obras plásticas, proyectó palacios, dirigió por cuenta del papa los trabajos que este mandaba ejecutar y le auxilió con sus consejos, lo mismo que á los artistas encargados de la ejecucion, de suerte que el embajador de Ferrara escribió ya en 1518 á su soberano: «Todo cuanto se refiere á las artes, lo encarga el papa á Rafael.» Para describir una actividad tan grande y las obras que produjo, aunque fuera solamente en compendio, seria preciso escribir una obra especial, cosa que aquí no podemos hacer, teniendo que limi-